

Tomás del Rey Tirado

Sevilla 5 de Junio de 1998

- **PRÓLOGO**
 - **Saludo**
 - **Tres palabras**
 - **LA GLORIA DE SEVILLA**
 - **Virgen de Agosto**
 - **Descubrimiento de la Gloria**
 - **LA GLORIA DE MARÍA**
 - **MARÍA EN SEVILLA**
 - **María en la calle**
 - **María en el colegio**
 - **María en la familia**
 - **María en el Barrio**
 - **Los mil nombres de María**
-

PRÓLOGO

Gaudeamus igitur: Así pues, alegrémonos. Hagamos nuestro este antiguo lema de resonancias paganas. Lo acuñaron aquellos estudiantes vagabundos sedientos de vida, de saber y de placeres: “alegrémonos mientras somos jóvenes, que tras la alegre juventud y la molesta vejez nos tendrá la tierra” . Aquel grito de guerra fue convertido en solemne himno universitario y, ahora, acompaña la Angustia de María cada Martes Santo. Vitalismo, alegría, solemnidad, saber. Gloria de vida que estalla y Pasión hecha dolor. Mimbres contradictorios que tejen un mismo y único cesto. La vida está llena de mezclas tan peculiares, y Sevilla lo sabe bien.

Sí, alegrémonos. Mientras somos jóvenes y cuando nos hacemos viejos, alegrémonos. Alegrémonos, hombres y mujeres. Niños y adultos, alegrémonos. Venid, que estamos de fiesta, “venid aunque no tengáis dinero; / comprad trigo y comed de balde, / vino y leche sin tener que pagar” (Is. 55,1). Porque nuestro maestro Jesús ha resultado ser el Cristo, el que tenía que venir, y ha resucitado de la muerte. Ya la tierra nunca nos tendrá, alegrémonos. De la terrible Canina que tanto nos asustaba se ríen ahora los chiquillos.

Y como había prometido, Dios se ha derramado entre nosotros, hecho Espíritu creador, hecho Vida. Así pues, alegrémonos. Alegrémonos con la Alegría más transparente. Con María alegrémonos, que es su obra perfecta, la hecha a su medida, como el prado al rocío, como a la luz el día.

Con esta alegría te saludamos, Reina de Todos los Santos, Madre del Amor Hermoso:

Eres la bendecida entre todas las mujeres, la bien mirada del Espíritu. Escogida de entre el pueblo al que haces santo, mujer del mercado, de la calle, del trabajo, de la casa. Y bendito ese fruto de la misma Gracia que te envuelve. Y que es Dios pequeñito. Y que apenas se está quieto, y juguetea con tu cuello y tu vestido.

¿Cómo es posible que la Madre de Nuestro Señor venga a visitarnos? En cuanto te hemos visto en nuestra casa, nos ha dado un vuelco el corazón y tu niño se nos ha metido dentro.

¡Dichosa tú que has creído! ¡Y dichosos nosotros que recibimos el regalo de tu visita, Soberana de Patriarcas, Mártires y Confesores de la fe, Señora de los Apóstoles y las Vírgenes, Reina de todos los que nos precedieron!

Te vemos venir desde la calle ancha de la Feria, y todo se nos hace celeste y diferente: tu barrio, nuestra vida, y este trascoro de junio donde aún queda el olor de la cera del Jueves Santo, y ya casi huele a juncia y romero, y a abanicos de la novena de Agosto. Hoy es todo luz

y transparencia ante tu paso, y nosotros nos sentimos en tu nube, arrodillada el alma a tu costado:

En alas de imposible arquitectura
los ángeles y nubes te sostienen,
tan alta y encendida allá en tu altura
que las nubes, los ángeles ya vienen
desbordados de luz, sangrando espuma,
pues gloria tanta apenas sí contienen.

Qué fecunda la luz que te rezuma,
qué tierno derretirse nuestro hielo,
qué claro aclararse de la bruma
cuando cae tu nube a nuestro suelo,
y en torno a tu hermosura descubrimos
que en el cielo no cabe tanto cielo.

Henchidos de milagro hoy asistimos
en calle de la Feria a esta riada
que nos trae los cielos que perdimos.
Sevilla con Sevilla reencontrada
te presenta en sus santos los hinojos
y la cubre la luz de tu mirada.

Nuestros pecados, como grana rojos,
blanquean tras mirarte como nieve,
y limpios nos devuelves tú los ojos.
Zumos de salvación el alma bebe
del fruto que en tu mano se nos muestra,
en gracia rebosante, en peso leve.

Qué camino tan blanco el de tu diestra:
al único que es Santo nos señala
y te otorga tu nombre, Reina Nuestra.
Pues tanta santidad se nos regala
envuelta en la caricia de tu manto
que a fiel, a barriero, a forastero iguala
en nuestro único nombre: Pueblo Santo.

[Saludo]

Usaré, pues, para saludaros, del más alto rango protocolario que conozco. Y como Pablo, con ese único nombre con que deseamos ser llamados os saludo. A vosotros, santos de la Iglesia de Sevilla, “a quienes Dios santificó en Cristo Jesús y que sois su pueblo santo, junto a todos aquellos que por todas partes invocan el nombre de Cristo Jesús, Señor nuestro” y el de María su madre, Reina nuestra. A todos vosotros, unidos en una única dignidad de Pueblo de Dios, aunque con diferentes servicios, os saludo. A los que ejercéis el ministerio de pastores, a los que servís como autoridades civiles, a los que vivís vuestra vocación de laicos en el servicio a las Hermandades, a todos los fieles que aquí os congregáis bajo un mismo nombre, “gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, el Señor” (I Cor., 1-3)

Y con el saludo, mi agradecimiento por una presentación en la que han brillado más la generosidad y la benevolencia que mis merecimientos. Esta noche no puedo confiarme a ellos, tan escasos, pero sí a los de Cristo, el único que nos salva de nuestra pequeñez, porque en ella nos quiere.

[Tres palabras]

María, Gloria y Sevilla. Tres palabras hermosas y difíciles. Tan secreta su armonía y tan esquiva. Gloria, María y Sevilla. Tan propicias al lugar común como al pensamiento sublime. Sevilla, María y Gloria. Jirones de alma que atraviesan la nuestra cuando las empuña el poeta, o el que, sin serlo, se deja cortar el espíritu por su triple borde afilado. Y tan blasfemas cuando usadas para la emoción epidérmica y pasajera, cuando no comprometen más allá del aplauso, del ole y la palmada en la espalda.

María, Gloria y Sevilla. Ese es el pregón que hoy os traigo, que llevo la cesta llena de estas palabras olorosas y alimenticias, como las que sajan la carne viva de la siesta en aquella ciudad de mis mayores, pregonando los piñones, los jazmines, las magnolias...

De lo que está lleno el corazón habla la boca, y a mí se me salen del alma, pero no sé cómo hablaros de ellas. Me da miedo rasgarlas con los dientes, y me escuece la lengua cuando las pronuncio. Me asusta profanarlas, pero también condenarlas al recurso retórico y la vitrina, lejos del aire de la calle, mientras una pátina de alcanfor las va envolviendo.

María, Gloria y Sevilla. Son estas tres palabras lo único que puedo ofreceros. Y bien sé que tenéis el alma tapizada de ellas.

Fueron esas mismas tres palabras las que me hicieron aceptar el ofrecimiento que una noche de diciembre me hiciera el Consejo de Hermandades y Cofradías. Sorprendido por un honor que no me correspondía —tan sinceramente lo pienso ahora como entonces— apenas supe qué responder. Habréis de saber que no habito el mundo cofrade. Hace ya algún tiempo que escogí otro camino para vivir mi compromiso como cristiano. Bien es cierto que las Hermandades siempre estuvieron cerca de mi alma y mis sentidos. Con ellas he admirado el misterio de Dios y María hechos carne sevillana. También ellas me han llevado a conflictos interiores, y hasta al escándalo. Como tantas cosas de nuestra Iglesia, casada infiel y virtuosa al mismo tiempo, me duelen en el alma. Pero no sé si podría pasar sin ellas.

Algo parecido alcancé a balbucir a través del teléfono aquella noche. No era yo —argüí—, la persona adecuada para hablaros hoy. Y en la respuesta brillaron las tres palabras que hoy nos congregan, sólidas como sentencias, cortantes como cuchillas. Se me pedía pregonar las Glorias de María según Sevilla ¿qué objeción cabía? No sólo no pude hallarla, sino que la blanca luz de estas palabras no me ha dejado desde entonces. A esta luz hoy os leo mi pregón. Dicen los que de esto saben que no es bueno un pregón leído. Yo no tengo más remedio que leerlo, porque, según diría mi amo y señor Garcilaso, es en el alma donde traigo escritas estas tres palabras: Gloria, María y Sevilla. Así que a ellas tres he de encomendarme en su comienzo:

En el alma traigo escrito
cuanto escribiros deseo:
vos escribisteis, yo leo
en mi pecho el manuscrito.
Sea triplemente bendito
vuestro nombre en este día:
que escritor y escribanía,
pluma, papel y recado
vosotras me habéis prestado:
Gloria, Sevilla y María.

Permitidme, pues, que os lea mi corazón directamente, que hable de mí como sé, en primera persona, sin darme título de pregonero. Permitidme que el pabito tembloroso de mi voz encienda, en fin, las tres palabras, y que alumbrado de ellas pueda leerlos lo que ellas mismas me cincelaron: María, Gloria, Sevilla. De lo demás, poco sabré deciros. Aceptadme, si queréis, como un visitante que se adentra de puntillas en Misterios que le sobrepasan. Como a uno de aquellos viajeros del XIX que contaban lo que veían o creían ver, a veces con una inocencia que hoy nos hace sonreír. A vuestra hospitalidad me confío, perdonadme la ingenuidad de este espíritu curioso que se adentra por sierras tan escarpadas y secretas.

LA GLORIA DE SEVILLA

Habremos de comenzar nuestra visita contemplando la Gloria de Sevilla. La que es única, aunque después florezca en mil nombres y momentos.

Nadie disientirá si proclamamos a Sevilla ciudad de la Gloria. Como nadie desmintió a José María Izquierdo cuando la bautizó de Gracia, o a Juan Ramón cuando quiso que hasta en La Gaceta se proclamara que es la capital de la Poesía. Pero qué Gloria, qué Gracia, qué Poesía tan hermética en su pureza, tan contradictoria en sus manifestaciones. Cuántas veces, al querer hacerla nuestra, se nos deshace entre los dedos, y hemos de vivir siempre con el temblor de un Tántalo sediento de belleza, siempre en víspera de Gloria. O caer, cuando la perseguimos, en sus espejos: esas gloria, gracia y poesía con minúsculas, tan brillantes y sugerentes como apócrifas.

¿Cómo ser sevillano entonces? ¿Cómo vivir siempre en el roce, nunca en la posesión de esta Gloria cuanto más esquiva más gloriosa? ¿Y cómo llegar a ella sin pasión?

El que os habla tardó dieciséis años en ser sevillano. Mi carnet de identidad os dirá que nací en Madrid. No os dirá nada del hogar amueblado de nostalgia en aquella ciudad entonces tan lejana. De los viajes furtivos, de cómo cada Semana Santa me iba desvelando una geografía entonces clara y fulgurante, hirviendo de bulla e incienso, pero envuelta el resto del año en las brumas del sueño, del recuerdo. Tal vez sea la obstinación de la memoria frente a lo que se le desvanece lo que nos haga enamorarnos de lo perdido. “¿Cómo era, Dios mío, cómo era?” . Y cada Semana Santa, la pasión de conquistar un trozo más de sevillanía, ganándole terreno al olvido: reconocer la esquina, saberse el atajo, recuperar el detalle de un cortejo. Pero siempre —bastaba con unas palabras llenas de eses delatorias—, aquel niño quedaba descubierto: “es de fuera” , y bondadosas señoras se esforzaban en explicarle, o en cederle el puesto. En vano quería esgrimir en su favor la historia familiar, la plaza de la Magdalena, la calle San Miguel, San Andrés, todo lo que debía haber sido su barrio.

Sevilla era entonces la Pasión. Todo en la ciudad era para mí Semana Santa. Aún recuerdo como una promesa de magia prolongada la frase de una mujer un sábado santo de mi infancia. Cristo había muerto, y parecía que, con él, el tiempo se nos derrumbaba. Todo lo dominaba una certeza de pérdida, como aquella última cofradía a punto de deshacerse en medio de una nada de sillas recogidas. Sólo el billete de vuelta en el bolsillo iba cobrando realidad y peso de amenaza. Y aquella mujer: “pues dentro de nada, ya estamos con las de Gloria. Si es que aquí no paramos en todo el año” . ¿Podía pedirse más combustible para mis sueños encendidos de exilio? Si aquello era cierto, Sevilla había vencido al tiempo, y con él, a ese nudo de oscuridad que cada Sábado Santo contradecía la liturgia luminosa de la Vigilia Pascual.

Volvimos a aquella gran ciudad donde el tiempo pasaba sin dejar más rastro que el calor y el frío sucediéndose, a aquella ciudad tan sin Pasión ni Gloria. Y hubimos de inventarnos la gloria. Mis hermanos y yo habíamos oído hablar de las cruces de mayo, y hasta algún amigo nos había enseñado su secreto, en un rincón de su barrio, donde unas cuantas cajas de madera esperaban el final de abril. Aquel año fundamos nuestra propia hermandad. Todo era a imagen de la Semana que para nosotros resumía nuestra identidad sevillana. Un cuadro de la Virgen dentro de una caja de zapatos, sobre una mesa plegable, avanzaba por el pasillo, en el que imaginábamos una geografía de balcones, faroles y esquinas imposibles. Los tres hermanos nos alternábamos: un costalero, un capataz y otro que era a ratos cruz de guía, a ratos banda de cornetas y tambores. Pero aquel pasito se quedaba siempre a las puertas de la Campana, que era la de la calle, donde nuestra madre trataba de convencernos de que no podríamos bajar así los cuatro pisos, por más que soñáramos con tal proeza costalera. Y como fuera mayor nuestra obstinación que tales razonamientos, se había de acoger a la autoridad, y explicarnos que los guardias de Madrid sin duda no entendían de pasos, y no permitirían semejantes alegrías en una ciudad hecha para el tráfico y la prisa. Emprendíamos así, como si cayera el más recio aguacero, el melancólico camino de vuelta al templo, que nuestra madre se

empeñaba en seguir llamando “nuestro cuarto” , al tiempo que renegábamos entre dientes de autoridades tan poco comprensivas.

[Virgen de agosto]

Pero Sevilla acaba entregándose. Cuando ella quiere, pero se entrega. Nunca del todo, pero eso la sigue haciendo deseable. Por fin la vuelta (sí, volver fue siempre el verbo). Aquel verano fue el regalo. La ciudad, siempre entrevista en escapadas primaverales y relatos de mesa camilla, se presentaba en su normalidad desierta de julio y agosto. La mudanza, los primeros paseos por una ciudad reconquistada, ahora sin bullas ni inciensos. Olorosa a sí misma, ni siquiera a azahar o cera. El peso silencioso del calor, la luz agresiva y sinuosa. La intimidad imprevista de los que se quedan a cargo de la ciudad veraneante.

Y el quince de agosto. Asistiría por fin, por vez primera, a lo que ya casi parecía un recuerdo. Todo ya vivido previamente, a medias oído y soñado, cuando los míos lo referían con el tono de lo consabido que gusta repetir. Y todo iba siendo como en mi sueño, como en el recuerdo que me había inventado. El madrugón intempestivo y bullicioso. El eterno calor aplacado por la hora. El festivo reguero arremolinándose en la catedral.

El sitio no era bueno, ni muy cercano. Desde Mateos Gago podíamos ver, sí, la Puerta de los Palos, pero todo parecía estar demasiado lejos. Poniéndome de puntillas podía ver el comienzo del cortejo saliendo de la catedral. No, aquello no era como en Semana Santa. No había aquel silencio, ni se respiraba la solemnidad sobrecogida de entonces. La realidad parecía ir traicionando el sueño que había dibujado un paraíso de pequeñas Semanas Santas en todas las épocas del año.

Y de pronto, aquello ¿Qué fue aquello? ¿Fue el aviso ahogado del murmullo? ¿Fue la torre cobrando vida a nuestros ojos? ¿su cara? Ya no estábamos lejos. No para aquella inundación inesperada, para aquella marea sorda de nardos y campanas. Su rostro nítido asomado a la plaza y todo era distinto. Estábamos, sí, muy cerca. Por vez primera la rotunda verdad me asaltaba en toda su grandeza: era quince de agosto y yo vivía en Sevilla. Y aquellas eran por fin ¿cómo no las había oído en dieciséis años? las campanas de la Giralda, tocando a Gloria. Y el rostro radiante era María, Reina de Reyes, compartiendo conmigo su ciudad, bautizándose de sevillanía, de nardos y campanas. La Gloria redonda y luminosa al alcance de las puntas de mis dedos. Fue aquel quince de agosto, el que me hizo, al fin, sevillano, aunque sobrado aún de eses y de dudas. Y ya no puedo serlo sino con retemblar de campanas en mi pecho, con la gloria íntima y bulliciosa de quince de agosto, ese día que ya nunca me quedará lejos del alma.

Sólo después de aquel primer día de la Virgen pude entender la emoción del viejo Cardenal llamado, como nuestro Alonso Quijano, el Bueno, cuando en su lecho de muerte le llevaron el clamor de esas campanas, el mismo que aún tengo clavado bajo la piel, oloroso a nardos, a madrugón y bullicio.

Todo es ya quince de agosto
cuando llega la mañana:
la noche pasada en luna
caminando hacia tu casa,
(la nueva Jerusalén,
esa Roma sevillana);
la tibia espera nocturna,
los rezos de madrugada.
Todo es ya quince de agosto,
que ha llegado la mañana.

En la plaza que tú nombras
—que hoy de San Pedro es la plaza—
la impaciencia arremolina

a tu pueblo que te aguarda,
y es una las mil Sevillas
que en el año se separan.
Todo es ya quince de agosto,
que ya es por la mañana.

Qué fiesta cuando por fin
te amanece en tu plaza,
y eres tú la única luz,
y no hay más luz en el alma;
cuánta alegría contenida
en mil palomas estalla,
y Giralda y Giraldirillo
se estremecen de campanas.

Das la vuelta y Alemanes
se hace íntima y callada,
y parecen de azahar
los nardos que te engalanan.

Reinas en nuestro silencio
de devoción adornada.

Y al dar de nuevo la vuelta
en la Avenida te alcanza
el sol que no llegó a tiempo
de acariciarte en tu plaza.
Cómo ríe tu chiquillo,
qué risa la de su cara
mirándose los zapatos
que brillan si el sol los baña.
Y Sevilla se hace pueblo,
sabe a barrio, sabe a plaza,
sabe a corral y tertulia,
a Macarena y Triana.

Reinas en todos los barrios,
eres centro, eres barriada,
alegría de tu pueblo
intimidad tan cercana.

Y otra vez tras nueva vuelta
te encontramos transformada:
todo el color de la historia
se te viene hasta la cara
al pasar por el Archivo,
al pasar junto a las gradas,
y adivinarse ahí al fondo
las murallas del Alcázar.

Reinas en nuestra historia,
como la historia anunciaba.

La última vuelta es del Triunfo,
que te canta Inmaculada
todo el mundo en general
cuando contempla tu cara.
Qué lento color de ocaso
cuando te vuelves a casa,
qué luz de melancolía

por los que no te acompañan.

Reinas sobre todo tiempo,
y siempre lo vuelves Pascua,
jalonas nuestro vivir,
traes la noche y la mañana.

Las campanas que repican
nos campanean el alma.
Terminó el quince de agosto
aunque siga la mañana,
pero tu blanco reinado
sobre reyes no se acaba,
que eres Reina de Sevilla,
que reinas en su plegaria,
en sus barrios y su historia,
en su cuerpo y en su alma,
en el tiempo que transcurre
y nos empapa en nostalgia,
¡que eres Reina de Sevilla
hecha carne sevillana!

[Descubrimiento de la gloria]

Reconquistada Sevilla por nuestra adolescencia ansiosa, se nos iría mostrando poco a poco, como una novia tímida y primeriza, en pequeños regalos a la vuelta de un día cualquiera: la hucha de lata desafiante al sol de mayo, las ardorosas peleas entre aprendices de capataz y costalerillos, las mañanas olorosas de romero y juncia, el sonido inesperado de tambores y el encuentro con el pasito íntimo que acompañan los vecinos, los saludos de media sonrisa y cabezazo leve desde el cortejo, el señorío de tantas vírgenes oliendo a historia, los niños repeinados llevando con dignidad romana la rigidez de la primera corbata...

Nos parecía entonces que siempre habíamos vivido aquí, como esas vírgenes que fueron emigrantes, y son ahora piezas irremplazables del mosaico sevillano de la Gloria: Aragonesa e hispánica del Pilar, riojana de Valvanera, extremeña de Guadalupe, patrona de exploradores en busca de mundos nuevos, Virgen de Montemayor, del Prado, de Araceli, de la Sierra, de la Cabeza...

Iba la gloria de Sevilla tomando cuerpo propio ante mis ojos novicios, hasta hacerse imprescindible y cotidiana, como esas fiestas que nos asaltan sin más aviso, en traje de diario y letra minúscula, latido sin estridencias del corazón de la ciudad.

Tal gloria de lo cotidiano y lo íntimo terminó de completarme el calendario de Sevilla, dándole a cada cosa su tiempo bajo este cielo: tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de callar y tiempo de hablar (Eclesiastés , 1-8). Qué delicado mecanismo lo rige, qué precisión en su ritmo. Y qué lástima cuando lo forzamos, cuando queremos reducir el año a una única estación, y la prolongamos hasta que languidece. Y qué pena que se trate tantas veces de un error de amor, el error de creer que su esencia está sólo en una Semana. El mismo error que tienen, que tuvimos tantos... cuando queremos hacer repetitivo lo que es de por sí fugaz, cuando no vivimos el momento precisamente por querer quedarnos a vivir en él.

Si esto hiciéramos, negaríamos entonces a la misma Sevilla, que es ciudad de gloria por propia condición. Tanto que la gloria se le escapa por los poros, y estalla en todo tiempo, que el tiempo es diferente en sus manos. Y estalla en el azahar que florece impaciente en pleno enero, en aquel barrio lejano donde no se le debía esperar, según nuestras escrituras. O se quema en su propia impaciencia, siendo arrastrado por la lluvia temprana que nos deja la Primavera sin su blancura obsesionante, para desesperación de priostes y pregoneros. Y aprendemos que tanto como el nevado aroma del azahar es gloria su espera nerviosa, o el

botón que lo promete aún lejano, o la brillante naranja que en el árbol lo sucede, digna heredera en fruto de lo que fue hermosa esperanza en flor. ¡Qué lección la del naranjo, que nos hace entender que el azahar es sólo un paso —hermoso y fugaz— para que el árbol dé fruto, y el fruto sea abundante y provechoso! Descubrimos así el absurdo de querer detener en su curso al árbol florecido, o el momento silente en que en Alfonso XII la noche es atravesada de parte a parte por el tierno cargamento de lágrimas y olor. Ese momento nació para pasar tan veloz como el palio que lo lleva, y traernos otro que no pasa, y que proclama el domingo de resurrección que el azahar que se nos devuelve está marchito porque murió para dar fruto, y ese fruto dura ya para siempre.

Por eso, lo queramos o no, hasta el más recio momento de Pasión se nos contagia de Gloria. Así lo vive mi pueblo, por encima a veces de tiempos litúrgicos, convirtiendo la mañana de Viernes en Triana en día de trajes nuevos y paseos por Pureza, en algarabía de globos con sabor a Velá, a Corpus Chico, a caramelo primero de la infancia.

Aprender a ser sevillano será, entonces, aprender a vivir la Gloria. Que parece la Gloria su estado natural.

Tal vez por eso nunca terminemos de aprender sevillanía. Nos haces, Sevilla, hijos de la gloria, pues que lo somos tuyos. Pero qué pequeño y quebradizo el cuentagotas con que nos la concedes. El momento secreto, la extraña confluencia de una luz, una calle, un estado de ánimo. La gloria multitudinaria y difícil, a la vista de todos y tan reservada, tan recóndita y tan jacarandosa. Te entregas al recién llegado, y no te tiene. Al sevillano de pro, y no te entiende. Te encarnas en el heterodoxo y en el capillita, en el turista y en el emigrante. Todos te tienen y ninguno. Qué secreta, misteriosa gloria es la tuya.

Tan celosa a veces, has obligado a tus hijos a elegir entre tu gloria y las demás. A los que eligieron la tuya los hiciste renunciar a aquello que se merecían pero que estaba, ¡ay! fuera de tus fronteras. A los que las cruzaban los condenabas a estar siempre mirándose la esquirla de Giralda que nunca podrían arrancarse del todo. José María Izquierdo languideciendo en una biblioteca, Cernuda tan lejos en cuerpo y alma, pero envidiándolo secretamente, preguntándose si no “gozó gloria mejor y más pura que ninguna” . Y tantos otros...

LA GLORIA DE MARÍA

Pero ¿quién es esta mujer que baña de gloria la ciudad? ¿Qué significa esa señal que vemos en la plaza del Triunfo? Sobre un chorro de nieve capaz de hacer frente al fuego del estío vi en pie a la Mujer. Vestida de sol en su blancura, la luna bajo sus pies y una corona de estrellas —tantas cuantas en el cielo de Sevilla caben— sobre su cabeza. En vano ruge el león del Alcázar, a ratos amenazante y a ratos protector: otra mujer, armada de cruz y viento, es su centinela. Y su proclama es alta y clara: que no hubo mujer más pura, ni luz más alta, que Sevilla tome nombre de ella y así lo pregone su escudo.

¿A quién venera con tanto ardor esta ciudad esquiva? ¿A quien le concede tan alta gloria sin discusión ni regateo?

Y he aquí que la mujer es una aldeana, y vive el silencio traspasado de sol de Nazaret. Todo es silencio en Nazaret, y en el mundo. En un mundo en el que el NO, la no-palabra, es siempre la última palabra. El NO se llama dolor, y se apellida miseria, y paro, y explotación. El NO del primer mundo es hambre e injusticia, esclavitud infantil en el tercero. El NO de poderosos y explotadores es fecundo: todo un mundo de desigualdades, marginalidad y corrupción surge a su paso. El NO disfraza el nombre de la muerte, y en ocasiones lo llama pena capital, o interrupción del embarazo, o ley de mercado. El NO tiene muchos nombres, y los usa. Y sólo queda, como respuesta el silencio.

Y en el silencio luminoso de Nazaret, una aldeana está alerta. En sus labios se prepara la palabra. Y cuando ese silencio de luz se hace víspera de Dios, la palabra está dispuesta. María

escucha y se asombra. Medita y cuestiona. Quiere saber qué se le pide. Y entonces la Palabra se hace carne en sus labios. La Palabra que esperábamos se llama SÍ, y ahora habita entre nosotros: “Hágase” . Y hemos contemplado su gloria. En verdad esta mujer es la llena de Dios, la bien mirada por el Espíritu, porque todo en ella se hace SÍ al contacto con Dios. Y el SÍ de Dios al mundo va creciendo en ella. Ya no es el NO la última palabra. Ya no podemos decir “el mundo es así” , “el mal es inevitable” . Hay un SÍ que espera a ser blandido frente a la hipocresía, frente a la cobardía, frente a la injusticia del NO que ha dominado al mundo.

“Dichosa tú que has creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1, 45).

Sevilla supo dar nombre a esta mujer del SÍ. Sabe Sevilla —honda y secretamente, como se saben las cosas que nunca hay que decir— que su nombre es Alegría. Aunque por cuarenta días con sus noches su nombre se nos muestre como Tristezas y Angustia, y cuaje luego en siete días como siete espadas, su verdadero nombre es Alegría, que para ella lo tejieron. Ya no es el mundo el valle de lágrimas que se nos dijo. Ya no hay motivos para suspirar, gemir, ni llorar. Porque ese SÍ, creador y limpio nos devolvió la alegría.

Tú sabes María, de silencios y muerte. Pero sabes que todo puede cambiar, porque Dios es ya uno de nosotros. Y que el cambio no puede esperar más, que es necesario que nos unamos a él. Que llega ya la hora en la que el mundo se vuelva del revés, y los poderosos sean derribados de sus tronos, y los humildes ensalzados. Que es necesario devolverles a los hambrientos lo que los ricos nos comemos a su costa. Que Dios no se olvida de sus promesas y es misericordioso, y se acuerda de los que sufren. Que nos quiere para que a tanta buena noticia le dejemos ser verdad, para que dejemos que haga cosas grandes en nosotros aquél que en ti hizo lo más grande. Y que por eso el dolor, la miseria, la tristeza y la marginación no tienen la última palabra, que nuestra alma puede glorificarse en el Señor, y regocijarse en Dios, nuestro salvador, desde la humildad de sus siervos.

Yo creo en ti, María jubilosa del Magnificat, mujer fuerte de la que hablaban las Escrituras. Porque eres valiente en tu silencio y en tu palabra. Porque empuñas tu voz y profetizas, porque ya están en ti, hechas carne, las bienaventuranzas.

Y en Nazaret el hijo de aquel SÍ va creciendo. Él mismo es la Palabra, el SÍ de Dios, pero aún no conoce la Palabra. Ocurre entonces el milagro secreto y cotidiano, capaz de transformar el universo. Ese tierno milagro al que a veces asistimos sin saberlo. Un niño aprendiendo de sus padres la palabra:

Es Nazaret, es la luz
tan reciente, tan lisa y por hacer
que nos duelen los ojos de ternura.
Es el mundo en infancia,
el vuelo primero de los pájaros,
la tierra olorosa de recién amasada,
el murmullo de plaza y mercadillo,
la cal de las paredes, el borrico que pasa;
todo —nuevo y brillante— toma cuerpo
por primera vez esta mañana
en los ojos —misterio, asombro, risas—
de un niño asomado a la ventana.
Una madre lo mira y lo sostiene,
ríe con él, le habla y le señala
los nombres —todos nuevos— de las cosas.
Y creadora con él, como jugando,
le regala todo un mundo en la palabra:

Plaza, torre, niño, gorrión,
perrito, tierra, cal, ésa es el agua.
El niño repite —media lengua—
los nombres que su madre le regala.

Y el mundo, de nuevo recién hecho,
se los prueba a la luz de la mañana.
El verbo se hizo carne al fin,
y su carne hoy estrena —media lengua— la palabra.
¡Qué temblor de creación sacude todo!
¡Qué impaciencia de las cosas
por ser nombradas!
Hoy es el niño, con su media lengua,
quien bautiza de luz esta mañana.

Todas las cosas desde entonces
huelen a Nazaret, saben a madre:
el borrico en Jerusalén,
el niño, el pan que se reparte
(como hacía mamá, el mismo gesto
minucioso y entrañable),
el trigo ondulado de los campos,
la palabra feliz, y luz y sangre.
Todas palpitan de vida al pronunciarlas,
hay en todas infancia, en todas se abre
el blanco día en que se estrenaron,
la voz que le enseñó a decirlas:
“mira la fuente, niño, el trigo, el campo” ;
las risas de su madre al oírlas repetidas
—tan torpe y dulcemente deformadas—
en su boca primeriza y deslumbrada,
su media lengua conquistando la Palabra.

De sus antepasados aprendió María el Sí que estaba dispuesto en su momento; el sí de Abraham, el de Moisés, el de Samuel : “habla, Señor, que tu siervo escucha” (I Samuel 3, 10). Y de ella aprenderá Jesús cada una de las palabras del Huerto de los Olivos: “no se haga como yo quiero, sino como quieres tú” (Mc. 14,36).

Qué gloria la de María en diálogos tan tiernos con su hijo. Pasa a nuestro lado por las calles de Sevilla, y nos ofrece a ese Niño que apenas balbucea. Lleva la Palabra en los brazos y la boca. Qué dulce el calor con que le señala todo, y se lo explica, y le repite los nombres de las cosas: mira niño, el río, mira la plazuela, mira San Bartolomé, allí naciste —no te acordarás, claro, son tantos años cerrado...—, mira qué bien se ve la Giralda, ay, no te duermas, mira el arco. Y qué dulce escalofrío nos recorre cuando es a nosotros a quien señala al pasar, y le dice en voz baja nuestro nombre, y el Niño intenta repetirlo con la tierna lengua de trapo.

Ese mismo escalofrío de gloria es un cuchillo helado cuando una tarde o una madrugada lo encontramos solo, y nos mira desde su Gran Poder, desde su Pasión, y sus labios dibujan nuestro nombre aprendido en la infancia. Y hasta tan Buenamente Muerto poco más tarde nos siguen mirando sus ojos cerrados, siempre mirándonos...

MARÍA EN SEVILLA

[María en la calle]

Esta mujer aldeana vive en Sevilla. A veces, como es de pueblo, se lía un poco con nuestras complicaciones. Siempre ha sido de gustos sencillos. Le gusta pasear a su niño, y que lo veamos, y que le digamos cosas. Le gusta mirar a los balcones mientras pasea, y sonríe a la gente, y juega con el Niño en las paradas.

Vive en un barrio, o en el centro. Le gusta asomarse a la calle, y ver lo que pasa. Le gusta el olor a calentitos que tiene el postigo por la mañana, y sabe a cuánto está hoy la carne (uy, ¿tan cara?). Se le van las horas muertas en el puente, mirando la torre y el río. Allí, en el puente y el postigo, ve pasar las cofradías. A veces se le pone gente delante, y cuando lleva un rato de bulla y ha cogido confianza, les pide que dejen pasar al niño, que tiene ilusión por ver el paso y es que llevan tanto tiempo allí cogiendo sitio... Alguien ayuda a avanzar a ese niño de ojos profundos tan abiertos, y lo coloca ante sí, y bromea con él, y al pasar el paso le coge de la mano para que no lo arrastren. Luego aquella mano adulta quedará toda la tarde con esa leve sensación de caricia, con esa dulzura infantil recuperada.

María la del Postigo,
Carmen la del Altozano,
me dicen que no salís,
dicen que no tenéis paso,
que ni en adviento ni en pascua,
ni el día de vuestro santo,
os han visto por la calle,
entre humo de incensarios.
¿Quién dijo tal en Sevilla?
¿Hay quien se atreva a tanto?
Me dicen que no salís,
dicen que os faltan los pasos
¡Si yo los veo cada día,
si los vemos a diario!

¡Pura y Limpia Inmaculada,
teniendo tan bello paso...!
¡Señora Nuestra del Carmen,
con ese hermoso canasto...!
Una entre blanco y albero
adornada de geranios;
otra con plata en reflejos
y faroles de forjado.
Y aún hay quien dice, y se atreve
que no ha visto vuestro paso.

Dicen que no hay llamador
siquiera para llamarlo,
y yo le veo tanto arte
alzado en el Altozano...:
que tiene forma de puente
y se apoya en el Barranco,
y vibra, y suena a gloria
cuando pasan los caballos.
En el Postigo de Aceite
es el llamador un arco
que pureza en cada curva
va su llamada anunciando.
¡Y todavía algunos dicen
que no hay llamador ni paso!

Qué gracia de los varales
hechos de forja y trabajo,
qué mérito los dibujos
que en el río te han bordado,
qué cerámica trianera
en ese techo de palio,
y en bambalinas tan blancas
la frase que te han bordado:

“Bendita sea tu pureza,
que Dios en ti se ha fijado”
Qué de flores te desbordan,
qué de adornos delicados,
cuánta cera te acompaña...
Por el humo de incensarios,
cuántos rezos en silencio;
por las saetas y cantos,
los piropos, las paradas
y saludos de diario.
¡Y habrá aún quien mantenga
que no ha visto los bordados
el techo sobre varaes,
las bambalinas del palio,
las saetas, el incienso
ascender hasta lo alto!
¡Habrá aún quien repita
que no os vio procesionando,
si somos la procesión,
si nosotros somos paso
y siempre nos veis pasar,
y estáis siempre deseando
“menos paso, costalero”
por vernos más largo rato,
por ver si nos detenemos,
por ver si al fin arriamos,
y desde el claro balcón
donde estáis siempre esperando
ver si nos tocáis el alma
estirando bien la mano!

¿Quién dijo que no salís,
quién que no tenéis paso?

María es tan Pura y Limpia que se mezcla con la gente, que comparte nuestro destino imperfecto de todos los días. No es pura por apartada, por lejana, por envuelta en fanales y jaulas de oro. Es tan alta su pureza que no consiente desviar la mirada ante la impureza, el dolor, la rutina o el hastío. No consiente en languidecer en la oscuridad de una capilla, en quedar encerrada en el frío de unos cuantos superlativos. Vive en la calle porque allí estamos sus hijos.

Cuántas veces hemos confundido tu pureza con un adorno, una hermosa perla decorando nuestros retablos. Cuántas veces te presté poca atención, te consideré incluso un añadido a mi fe en Cristo, a la que no aportabas sino una dulzura no del todo necesaria. Porque la fe había de ser recia como el madero de la cruz. Y tal vez podría haberme quedado en el error si no hubiera visto en otros que la reciedumbre de la fe hunde sus raíces en tu dulzura, tan firme y decidida. Como aquel sacerdote luchador al que me honro en llamar amigo. Yo he visto su cara al hablar de María, madre de los Desamparados y Virgen de Gracia, y de las Tristezas. Yo he visto cómo le comprometía a vivir la radicalidad cristiana, comiendo con borrachos y prostitutas, viviendo con marginados de toda clase. Y siendo criticado por ello. A tener su casa abierta (en la Alameda, en Castilblanco, en El Garrobo), a todo el que pase y necesite un rato de charla. Y a no callarse la injusticia, y a hablar con el corazón, sin ocultar nuestro barro. De ti he aprendido, Antonio, a querer a María hecha calle porque en ti la he visto viva y operante, humana, encarnada. Madre del Dios que se compromete con los hombres, que se hace cercano, que prefiere al pobre, al sencillo, al que no tiene doblez.

Y va dejando su rastro en los dinteles: “Ave María” , en los espontáneos retablos de cerámica que llenan de gloria inesperada una casa en cualquier barrio, cualquier casa, cualquier calle; en la medalla llevada al cuello como por descuido, en la foto de la cartera, en el

coche, en la carpeta... En todas se nos recuerda, a nosotros tan olvidadizos: “por aquí pasa María” . Aquí habita, y se alegra, y va al trabajo, aquí vive su rutina, aquí se viste de feria, aquí sufre, y espera que el hijo vuelva sano y salvo, que salga bien el examen, que se mejore el enfermo, que acierte con lo que intento...

[María en el colegio]

Es la Virgen que se hace compañera y maestra en la escuela. La que adopta nombre diverso y es siempre la misma. La misma Madre del Buen Consejo del colegio agustino de mi infancia, aquella de sabor antiguo que se adivinaba en el relieve de la capilla y en el cuadro de la clase. El desvalimiento del Niño que anclaba sus manos indefensas a su vestido y su cuello. Mi mismo desvalimiento de tantas veces, tantas necesitado de su Buen Consejo de Madre. La misma Virgen cotidiana que se me hizo Virgen de los Reyes, por sevillana, en el colegio San Fernando.

La Inmaculada femenina de mi colegio de hoy, de las Esclavas, siempre escuchando, leyendo las cartas de sus hijas, a veces ilusionadas, desmotivadas a veces, sintiendo toda la gloria y el peso de la adolescencia estrenada, de la niñez de calcetines blancos y Virgen Niña, del mes de mayo hecho de flores y coronas de reina, de canciones a la que es armonía sin falta.

La Virgen de tantos colegios. María Auxiliadora, auxilio de los cristianos, auxilio en nuestra necesidad tan falta de ayuda a veces, nombre e imagen grabados a fuego en el recuerdo del alumno salesiano. Tan sensible, tan maleable a la personalidad de cada barrio que te hace suya, y tomas su postura y su gesto, y no eres ya la virgen del colegio, sino un trozo de fe sevillana, que hasta Don Bosco tiene ya aire de Sevilla.

[María en la familia]

María, de tan diaria y cotidiana, se hace familia. Ella misma, con Jesús en los brazos, es Dios hecho familia. Así se muestra en cada una con sus nombres, con aquellas advocaciones que no pueden sernos nunca indiferentes. Porque a ellas rezaron nuestros mayores. Porque nuestra historia familiar está de algún modo unida a la de aquella imagen, porque hubo un momento en que salió a nuestro encuentro, y se hizo nuestra.

La Virgen del Amparo, a la que debo llamar en justicia Señora Nuestra. Señora nuestra familiar y cercana. Nuestra como lo son los abuelos que no conocí, la casa que ya no existe en la plaza de la Magdalena, junto al callejón de los pobres. Nuestra como la historia que nos ha forjado a cada uno, como la sangre que llevamos sin notarlo, como lo que hicieron los nuestros y es también nuestro. Como aquellos familiares ya lejanos, que sentimos conocidos e íntimos, porque los queremos en lo que de ellos nos cuentan los nuestros. Madre del Amparo a quien se ofreció mi padre y sus hermanos tras nacer en Dios por el Bautismo. Amparo de la familia, como de su barrio.

Aquí me tienes, Señora,
ofreciéndome a tu Amparo.
Mira otro más de los tuyos
al cabo de tantos años.
Yo no fui a ti ofrecido,
no me cobijó tu manto.
Aquél día de junio
que me vistieron de blanco
para tomar nueva vida
del agua de los cristianos
yo estaba lejos de ti
y tu barrio tan lejano.

Otra imagen, otra luz,
a mi vida apadrinaron,
distinto nombre y la misma
solicitud de tus manos.
Eres la misma, lo sé,
lo creo y sin embargo
¡cómo he echado de menos
tu mirada hacia lo bajo!
cómo yo hubiera querido,
cómo me hubiera gustado
tenerte como madrina,
abrigarme con tu manto,
ser como fueron los míos
ofrecido a tu Amparo,
y habitar el cauce lento
de tu luz por todo el barrio.

No sé si me reconoces,
yo soy el hijo de Eduardo,
aquel que a ti ofrecieron
tras haberlo bautizado.
Que de Eduardo y de Matilde
yo soy el hijo mediano,
y aunque a ti no me ofrecieron,
y nunca rocé tu manto,
mírame cuánto he crecido
qué bien que me has cobijado,
mira que de ti me acuerdo,
mira cómo me he acordado
al pasar por el antiguo
convento que hay en San Pablo.
Mira cómo me confío
a tu corazón alado,
y al corazón pequeñito
que te late en la otra mano
¡cómo me siento en familia
cuando te veo mirarlo!
Somos familia los tres,
como lo fueron antaño
los míos siempre contigo
en tu Amparo cobijados
¡Virgen mía de los míos,
historia de mi pasado,
sé presencia luminosa,
sé futuro, sé regalo
que entregar a los que vengan
siguiendo tras nuestros pasos!
Sólo te puedo ofrecer
nuestras ansias y trabajos,
la familia que hemos sido
y lo que hemos dejado,
nuestras obras y esperanzas,
lo vivido bueno y malo
¡Sé siempre luz de los nuestros,
Nuestra Señora y Amparo!

Recuerdo que cada vez que entrábamos de pequeños al Santo Ángel mi padre nos señalaba aquella capilla cerrada de la Virgen del Carmen, y nos contaba que estuvo guardada en su casa cuando corrían tiempos turbios. Y yo me imaginaba a aquella imagen empapada de intimidad sobre una mesita, en el saludo diario, en los ires y venires de la casa, en las

conversaciones y tareas de cada uno, como esa visita de confianza a la que no se le ocultan las pequeñeces de cada día.

Dios se hizo familia en María, y quiso compartirla con nosotros. Porque sabe lo duro de la vida en familia, del mutuo ceder, de la aspereza de lo rutinario, de las palabras de cariño que dejamos de decir a los que más queremos.

Nunca le he dicho a mi madre todo lo que me ha enseñado su oración de siempre a María. Cuando alguno de los hermanos tardaba en llegar más de lo previsto, cuando no sabía cómo salir de una situación, importante o trivial, siempre la hemos visto mover los labios. Y sabemos que está rezando el Acordaos, esa suerte de tierno chantaje de la hija preferida: “que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos” .

[María en el barrio]

Y porque es familia, María es barrio. Las Hermandades de gloria lo saben, y de ello hacen gala. Siempre se dice de su pobreza de medios, de las dificultades por sobrevivir, y por tener sitio propio. Y siendo, como es, cierto, nos olvidamos a veces de que su gran riqueza es ser barrio, y hasta compartir sus problemas y sus medios. Ser barrio y ser parroquia, parte de la comunidad, no grupo aparte y autosuficiente. Con la vida del barrio. Con los niños correteando, jugando con la medalla, trasteando en la capilla, o en la procesión haciendo con su vela peligrar a algún devoto. Sed vosotras mismas. Que no os falte nunca ese bullicio, ese espíritu fundacional y pionero. Que no sustituyan nunca la seriedad y el engolamiento a las carreras de los niños. Que nunca parezcan vuestras casas sepulcros blanqueados, por más que el sepulcro fuera grande y espacioso y un letrado lo llamara Casa de Hermandad. Sed fieles a lo que sois. Luchad por lo que tenéis que ser hoy en Sevilla.

María, mujer donde se encarna el que nos salva, encarnada ella misma en nuestra realidad. En los barrios antiguos y en los nuevos, en los centrales y los periféricos, en los problemáticos y en los acomodados: en el Plantinar, en la Macarena, en Parque Alcosa, en la Candelaria, en Nervión, en Triana, en el Juncal, en San Vicente...

En San Martín se llama Divina Enfermera, y Esperanza Nuestra. Y se ofrece como curación para un barrio que lo necesita, y como esperanza donde muchos no la tienen. Aún recuerdo la impresión que me causó verla convertida en retablo de azulejos una mañana. Se había asomado a la calle Lerena. Allí se ha instalado, y ahora se llama la calle Divina Enfermera. Frente al nuevo retablo, la misma puerta metálica entreabierta, la misma mujer ajada ofreciéndose al que pasa. Más abajo, veremos unos chavales que se divierten, y alguno que va a fumar su primer porro. En Morgado, en un escalón de la calle nos encontraremos a dos muchachos preparando su platita. En la calle Quevedo, o en los soportales de la plaza, dormirá hoy Toñi, después de vender flores cada vez más mustias, y la veremos aún más ausente, más entregada a un destino que no era para ella, que no era para nadie.

Podemos cerrar los ojos. Podemos decir que las cosas son así, que no es nuestra culpa. Y probablemente así sea. Podemos hasta apretar un poco el paso, para llegar temprano a nuestro culto. O trasladar la marginación a otro lugar para no verla. Pero María ya está en la calle. Se ha hecho calle allí donde las cosas no son siempre fáciles. Está con nosotros y, como a Él, a veces no la conocemos.

No basta con cambiarle el nombre a una calle. La realidad sigue su curso y nos llama. Claro es que no tiene una solución simple. No lo arregla una limosna, ni un consejo paternal o puritano. Pero es la realidad y en ella Cristo nos llama, hecho hombre, mujer, muchacho, barrio. Exige nuestro compromiso. Ahí está la obra y los ladrillos ¿para cuándo vamos a dejar la construcción del Reino?

Una calle más allá, un grupo de jóvenes trabajan con los chavales del barrio. En otro lugar

cerca de allí, otro se esfuerza por darle vida a los viejos que languidecen de soledad en aquellas casas que también se caen de viejas.

Y sin embargo, a menudo trabajamos espalda con espalda, sin conocernos.

¡La mies es mucha y los obreros pocos! ¿A qué esperamos? La Caridad de Cristo nos urge.

La Caridad, que se llama amor cristiano, “es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante”, no se conforma con mantener a “nuestros pobres”, ni los hace depender de nosotros. No se encierra en sí misma, no se limita a acciones: es transformadora, une y no divide. La Caridad no compite por un trozo de barrio en una cabalgata. ¡Qué hermoso si fuéramos capaces de aunar nuestros esfuerzos todos los que nos llamamos Iglesia: hermandades y parroquias, movimientos y diócesis! Qué hermoso trabajar codo con codo con los no creyentes, porque el Espíritu de Dios sopla donde y cuando quiere, y el objetivo es único para todos: cambiar nuestra realidad, hacerla digna, humana, liberadora.

Es entonces cuando tendrá sentido la imagen de María hecha calle, y le dejaremos de verdad ser lo que ella quiere: Esperanza para nuestra sociedad desesperanzada, Enfermera para nuestras dolencias de cuerpo y alma. Y entonces la reconoceremos, veremos en ella a la mujer del Magnificat, y viéndola crearemos, y nos alegraremos en Ella.

[Los mil nombres de María]

Esta Gloria de María en Sevilla que venimos recorriendo estalla en mil nombres, en su único nombre.

Extendida como un reguero, como las cuentas de un Rosario que ciñe Sevilla en un perímetro de advocaciones, si a veces iguales en forma, distintas en vivencia, como cada Ave María de un mismo Rosario. El Rosario según Sevilla, el que aprende a rezar de ella, Señora del Rosario:

Dios te salve a ti, María,
pues estás de gracia llena,
Dios te salva hoy, María,
que por tu ciudad entera
de San Julián a Santa Ana,
San Vicente, Macarena,
hasta Santa Catalina,
hasta Triana la nueva
allá en el barrio León
van del rosario las cuentas.
El Señor está contigo,
y tus manos nos lo enseñan,
que lo protege tu brazo
y en tu regazo se acuesta.
Bendita en el Arenal
entre las mujeres seas,
bendita en calle Torneo,
que con tu incienso se humea,
y bendito es ese fruto
pequeñito que nos muestras;
Santa María, que eres Madre
de Dios y eres madre nuestra,
ruega por nosotros siempre,
que seguir a Dios nos cuesta,
que el mal nos tiene atrapados
y tu mirada libera;

ruega siempre, no descanses,
que eres tú la gracia plena
y nosotros tan pequeños,
tan escasillos de fuerzas.

La oración va recorriendo
de punta a punta las cuentas.

Recorre gozo en misterios
que superan nuestra ciencia,
riendo con la Alegría
de aquella Hermandad primera
que en la calle te rezó
tan alegremente en vela.

El dolor nos arrebata
en misterios que no acierta
el corazón a aceptar
y a comprender la cabeza:
que es dolor en Montesión
lo que es alegre en Pureza.

A los misterios de gloria
nuestro rezo se hace fiesta,
y gloria se le hace el arco,
gloria su tensa espera,
gloria en ráfagas de luz
disparando ardientes flechas;
gloria las que fueron lágrimas
y ahora se llaman perlas,
gloria a raudales inunda
el barrio de Macarena.

Y al llegar la letanía
la madre se ha dado cuenta
que el Niño se le ha dormido
y reclina su cabeza:
flojito la letanía,
para que nana se vuelva.

Cuna de Dios es tu hombro,
almohada de pluma tierna,
sueño de Dios hecho Niño,
sueño con el que Dios sueña,
rosa blanca sin espinas,
prado de tan blanda hierba,
dulce regazo escogido
donde no cabe tiniebla,
fuerte custodia de plata
que el divino sueño vela;
ruega por todos nosotros,
por todos nosotros ruega
cuando el Niño se despierte
y te descubra a su vera.
Mientras déjale dormir,
déjale mientras que duerma,
que ya habrá tiempo en que esté
de madrugada y en vela,
que ya le vendrá la cruz
y la soledad completa,

ya habrá tiempo en que no encuentre
lugar siquiera en la tierra
donde dejarse caer
ni reclinar la cabeza.

Duérmete mi Niño, duerme,
duérmete mi Niño, ea,
que la Madre del Rosario
por ti quedará despierta,
duérmete tranquilo, Niño,
que tu madre no te deja.

Como las cuentas de un rosario se extienden tus nombres. Innumerables como las estrellas del cielo y las arenas del mar es la descendencia de tus nombres. Porque nunca es suficiente un nombre para definirte, porque siempre queda algo por decir, por aprender de ti. Eres en San Isidoro la Salud que tenemos y la que nos falta; Nieves, Aguas, Rocío que nos conforta y empapa, envolviéndonos de luz de Espíritu; Carmen, que es poema, plegaria, salmo del nuevo testamento; Hiniesta amarga y dulce, protectora y viajera; Señora de la Antigua, y de la Sede, y de las Batallas, trozo de historia nuestra a la que debemos lo que somos, historia que reclama renovación más que nostalgia—¿qué batallas, María, quieres encabezar ahora? ¿Nos ayudarás a luchar contra el paro, la injusticia, la droga, la muerte? Y contigo en nuestra silla entrar de nuevo en una ciudad conquistada y libre—; de ti esperamos Mercedes, eres tú nuestro Sol; nuestra Luz en San Esteban, cirio pascual en el que arde la luz de Cristo resucitado, la luz que no conoce ocaso, aunque a veces nos parezca temblorosa y vacilante.

Pero dejadme que termine este viaje, esta visita que me ha dejado el alma perfumada y tibia, plantando mi tienda junto a ella. Permitidme que me quede en el lugar ameno que Sevilla se inventó para regalarla. Y descubrir que aquello que salí a buscar tal vez se encontraba dentro de mí, tan escondido y tan a la vista para los ojos del espíritu. Dejadme que repose mi cansancio en esta égloga interminable de los rediles del alma de Sevilla, donde Ella pastorea: en la calle Amparo, en San Antonio, en los Capuchinos, en Santa Ana...

Conozco aquel jardín de donde mana
el río más sutil y rumoroso,
donde siempre la rosa es más lozana.

Conozco aquel lugar donde el reposo
se ofrece en fruta y miel, néctar, compota,
y es la flor su fruto más sabroso.

Un chorro descendido de alta cota
en luz, incienso y nieve se desgrana
por la garganta que se acerca rota
a beber su frescor en la mañana,
y termina la sed deshecha en nata,
en caricia, en pulpa de manzana.

Qué tierna la cadena se desata,
los abismos por fin se desvanecen
en aguas que avergüenzan a la plata.

Los árboles en sombra se le ofrecen,
a Ella ciñe el agua su camino,
las flores a su paso más florecen.
Por Ella se acompañan en su trino
las aves al mirar cómo pasea
su gracia en vestido campesino.

Es Ella la que el campo pastorea,

quien gobierna tan pura sinfonía:
el silencio mullido que sesteá,
la explosión de florida algarabía,
el sonido süave del riachuelo,
los árboles tañendo su armonía.

Sabed que derramado está este cielo
como oasis de paz en el desierto,
por toda la extensión de nuestro suelo.
Floreció en cada barrio el fruto cierto
de la misma pureza alabastrina,
que diversa se muestra en cada huerto.
Su deseo brilló en Santa Marina:
no detener el tierno pastoreo,
sino ser por Sevilla peregrina.

Ya sólo tu pradera es mi deseo:
sentir la levedad de tu blancura
posando en mi cabeza su aleteo;
perder todo cuidado en tu espesura...

HE DICHO